

Victor Montoya

Mini cuentos

Cosa de burdeles

-Se llamaba Frígida y, sin embargo, quién se iba a imaginar que con ese nombre se hiciera fama de mujer ardiente- dijo la mamá grande.

-Es verdad -corroboró la prostituta más joven-. Su nombre no correspondía a su apetito sexual, pero sabía cumplir con su oficio a las mil maravillas.

-¿Y dónde está ahora?- preguntó el cliente.

-Se marchó a París, cambió de nombre y se convirtió en la madame de un potentado árabe.

-¡Qué suerte!- dijo el cliente, mirando con ansias a la prostituta más joven.

-No es suerte -corrigió la mamá grande-, es cuestión de oficio, sobre todo cuando hay hombres capaces de perder la fortuna y la cabeza por los encantos de una puta.

El precio de la libertad

-¡Ábrete, libertad!- dijo el diablo.

La puerta se abrió de par en par.

El preso se aprestó a salir de la cárcel, pero el diablo lo detuvo con el magnetismo de su aliento.

-Recuerda que el precio de la libertad se paga con la vida- sentenció.

El preso no pensó dos veces. Cerró la puerta, aseguró el candado en los cabos de la cadena herrumbrosa y se devolvió a su celda.

El diablo y la libertad quedaron afuera.

El preso los miró con el rostro aplastado contra los barrotes de hierro y pensó: Si la libertad tiene un precio, que me la cobren aquí adentro.

El hombre enamorado

-Mi mujer es la estupidez andando- se quejó el hombre enamorado.

-¿Y, no obstante, la amas con loca pasión? - preguntó el sabio.

-Sí -respondió el hombre enamorado-. Lo que no entiendo es el porqué.

-Porque amas con el corazón y no con la cabeza- repuso el sabio.

La Traición

Cuando abrió los ojos, ella ya se había ido con otro.

El correvolando

Vino y se fue.

El prófugo

-¡Alto!

El prófugo siguió corriendo.

¡Pum!...

El prófugo cayó de bruces.

La sangre siguió corriendo.

Entre copas

-Hasta verte Cristo mío- dijo un borracho, a tiempo de vaciar la copa de un trago.

-¿Por qué nombras a Cristo, si en el fondo de la botella nos espera el diablo?- preguntó el otro.

-Porque prefiero irme al paraíso y no al infierno.

Muerte anunciada

Aún no había nacido cuando los diarios anunciaron mi muerte.

Cincuenta y cinco años después, cuando leí por casualidad el aviso necrológico: "*Escritor suicida se quitó la vida en circunstancias desconocidas...*", no tuve más remedio que cargar el revólver y pegarme un tiro.

El duelo

"Ojo por ojo, diente por diente", murmuró la gente.

Los adversarios se enfrentaron cara a cara, separaron las piernas y desenfundaron las pistolas con diestro movimiento de manos.

Los disparos se cruzaron en el aire.

Uno cayó de espaldas, con dos tiros en la frente.

El otro, apenas herido por el impacto de la bala, enfundó la pistola y se retiró a paso lento pero seguro.

"En el duelo, como en la vida, quien dispara primero, dispara dos veces", murmuró la gente.

La princesa infeliz

Había una vez un castillo y en el castillo vivía una princesa infeliz. El mal de sus males estaba en que no había nacido para ser princesa sino ama de casa.

Cuando contrajo matrimonio, por conveniencia y sin amor, con el príncipe de una aldea lejana, se sintió la esposa más infeliz que pisaba la tierra. De modo que un día, mientras el príncipe se marchó a la guerra, la princesa huyó del castillo y se casó con el labrador más humilde de su aldea.

Desde entonces dejó de ser princesa para ser feliz.

El caracol

El caracol, que se arrastraba besando el vidrio de mi ventana, me miró con ojos tristes y me refirió este cuento:

- Había una vez un caracol que se murió de pena. Era tan feo el pobrecito, que no había quién lo quiera. Vivía solo y solo se arrastraba por hierbas y piedras. Cuando alguien lo miraba, se escondía en su concha y no salía sino hasta que otra vez estaba solo. Quienes lo conocían, más de lejos que de cerca, decían que así se lo pasaba día tras día, como esperando a alguien que nunca llegaba. Pero al anoticiarse de su muerte, todos dijeron que al fin llegó a ser feliz el pobrecito.

-¿Feliz?- pregunté con asombro y pesadumbre.

- Sí -contestó el caracol-, porque vivió enamorado de la muerte desde el día de su nacimiento.

Victor Montoya. Escritor boliviano, con residencia en Estocolmo - Suecia.